

La vieja y la nueva Europa en la crisis de 2003-2005*

Old and New Europe in the 2003-2005 Crisis

JULIO PONCE ALBERCA Y NITIN PRASHAR

Universidad de Sevilla

jponce@us.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9715-7113>

Recibido/Received: 30/04/2025. Aceptado/Accepted: 10/11/2025.

Cómo citar / How to cite: Ponce Alberca, J. y Prashar, Nitin (2026). “La vieja y la nueva Europa en la crisis de 2003-2005”, *Revista de Estudios Europeos*, 87, 864-888



Artículo de acceso abierto distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access article under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/tk4gbb36>

Resumen: Entre los años 2003 y 2005, los estados miembros de la Unión Europea (UE) experimentaron una profunda tensión provocada por la guerra de Irak. Unos países apoyaron la iniciativa estadounidense en favor de la intervención militar (Reino Unido, España), mientras otros la rechazaron (Alemania y Francia). Este trabajo analiza las razones que condujeron a esos cuatro países a la adopción de sus decisiones. En el mismo se cuestiona si el factor fundamental fue la defensa de la “legalidad internacional” por parte del eje franco-alemán frente al intervencionismo anglosajón secundado por España.

Palabras clave: Unión Europea, guerra de Irak, ampliación europea, eje franco-alemán, Constitución europea.

Abstract: Between 2003 and 2005, the member states of the European Union (EU) faced a significant internal discord due to the Iraq War. While some countries, such as the United Kingdom and Spain, endorsed the U.S.-led military intervention, others, like Germany and France, strongly opposed it. This study delves into the underlying motivations that shaped the decisions of these four nations. It explores whether the primary driving force was the Franco-German axis's commitment to upholding "international legality" in opposition to the Anglo-Saxon interventionist approach, which was supported by Spain.

Keywords: European Union, Iraq War, European enlargement, Franco-German axis, European Constitution.

* The views expressed are those of the authors and do not reflect the official guidance or position of the United States Government, the Department of Defense, the United States Air Force or the United States Space Force.

INTRODUCCIÓN

Entre 2003 y 2005, la Unión Europea (UE) experimentó una grave crisis que puso a prueba su cohesión política y su capacidad para proyectar una voz unificada en el ámbito internacional. Este periodo estuvo determinado por tres factores: la invasión de Irak liderada por Estados Unidos, la ampliación hacia el Este de la UE, y los intentos, principalmente por parte de Francia y Alemania, de mantener una alianza estratégica que contrarrestara el liderazgo estadounidense en la región. En este contexto, los países europeos se encontraron ante la difícil tarea de gestionar diferencias profundas entre sus respectivas políticas exteriores, mientras que a la vez tuvieron que afrontar tensiones derivadas de la rápida expansión de la UE y de su capacidad para la integración de los nuevos miembros. Por añadidura, aquella crisis coincidió con el intento de una profunda reforma de la estructura institucional de la UE. En 2004, el Consejo Europeo aprobó un Tratado Constitucional que pretendía consolidar la integración europea y dotar a la UE de una estructura más coherente y funcional de acuerdo con las necesidades de la ampliación. Sin embargo, este tratado fue definitivamente descartado tras el rechazo popular expresado en los referendos celebrados en Francia y los Países Bajos en 2005, pese recibir el respaldo de otros países como España. Aquel fracaso fue el colofón de un bienio crítico que puso en evidencia las dificultades para una mayor integración europea en política exterior, destacó las tensiones entre los países fundadores y los nuevos miembros, ratificó el papel limitado de la UE como actor global en los conflictos internacionales (careciendo de una fuerza disuasoria propia) y mostró claramente el distanciamiento entre las élites europeas y buena parte de la ciudadanía de los países miembros. Tras años de avances y éxitos desde comienzos de los años noventa, una vez desmantelados los regímenes comunistas en el Este, la UE sin embargo se asomó al siglo XXI con una crisis cuya profundidad se dejaría sentir en las dos décadas siguientes.

Este artículo tiene por objetivo analizar las posturas de cuatro países protagonistas de las tensiones que tuvieron lugar por aquel entonces: Reino Unido, España, Francia y Alemania. Los dos primeros se alinearon con los Estados Unidos en su respuesta militar contra el régimen de Saddam Hussein, mientras que Francia y Alemania se opusieron a aquella intervención. Cada sector atrajo a una parte de los países miembros. En la órbita franco-alemana quedaron Bélgica y Luxemburgo, pero junto al Reino Unido y España se situaron Portugal, Italia y

Dinamarca, además de gran parte de los países del Este de Europa (países aspirantes o que iban a ingresar en breve en la UE). El análisis de los cuatro países protagonistas de aquel enfrentamiento busca esclarecer las claves y motivaciones que llevaron a cada uno de ellos a la adopción de una determinada postura, más allá de la descripción de los hechos de conocimiento público, de la visión superficial acerca de la hipotética existencia de armas de destrucción masiva en Irak, o de las movilizaciones en contra de la guerra que respondieron en cada país a circunstancias propias.

Metodológicamente hablando, se aborda este análisis a través de tres ángulos de estudio en la búsqueda de elementos y factores que nos proporcionen una interpretación más profunda de lo acontecido en el bienio 2003-2005. En otras palabras: ¿las posturas del Reino Unido y España se explican en clave de “relación privilegiada” y “seguidismo”, mientras que Alemania y Francia apostaban por una Europa fuerte? ¿Unos gobiernos eran “belicistas” mientras otros fueron “pacifistas”? ¿Unos fueron defensores de la “legalidad internacional” mientras otros no? Creemos que este tipo de explicaciones dicotómicas —todavía muy presentes en la percepción pública— son tan simplificadoras como insuficientes. Para nuestro análisis las tres perspectivas que se han adoptado son, en primer lugar, los legados históricos y percepciones generales de cada uno de los cuatro países, seguidos de sus intereses estratégicos nacionales y, por último, los argumentos legales utilizados.

Las fuentes secundarias disponibles al respecto son razonablemente abundantes en inglés y en francés, siendo más escasas en castellano. Al respecto, llama la atención que los análisis académicos desde España hayan estado notablemente caracterizados por un enfoque doméstico de aquella crisis. Éstos se han movido generalmente en torno a unas directrices concretas que iban desde el rechazo —implícito o decididamente explícito— de la política atlantista de Aznar, hasta la defensa de la paz y un inequívoco rechazo a la guerra, además de una denuncia sobre el presunto alejamiento del gobierno español conservador de la construcción europea

¹. Sin embargo, quedaban fuera de este ángulo de análisis cuestiones como los efectos de la ampliación, los riesgos en los que se consideraba el eje

¹ Como simple muestra: Pardo de Santallana, José. “Una guerra para cambiar el mundo: ¿Ganará EE UU la paz?”, 7-16; Marín González, Manuel. “España y la crisis de Irak”, 105-117; Palacio, Vicente y Rodrigo, Fernando. “¿Tiene España una política exterior?”,

franco-alemán para conservar su liderazgo o los intereses geoestratégicos y económicos de cada uno de los actores en liza. Por supuesto, hubo algunos trabajos que llegaron a explorar con mayor profundidad estos temas, aunque sin llegar a desvelar cuáles fueron los motivos decisivos que llevaron, por ejemplo, a Francia y a Alemania a mostrarse tan contrarios a la guerra. Tampoco llegaron a apuntar la posible influencia de otros actores que no fueran la UE ni los Estados Unidos². Todas las interpretaciones no iban más allá de la epidermis de los hechos, bien conocidos y descritos en toda su secuencia. Así fue cómo se instaló un discurso general que ha sido compartido y difundido ampliamente.

Cabe recordar de forma breve lo ocurrido. En noviembre de 2002, el Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas (ONU) aprobó por unanimidad la Resolución 1441, que otorgaba a Irak "una última oportunidad" para cumplir con sus obligaciones de desarme. Esta resolución demandaba la cooperación total del régimen iraquí con los inspectores de armas de la ONU, encabezados por Hans Blix y Mohamed el-Baradei. Aunque se advertía sobre "graves consecuencias" en caso de incumplimiento, no autorizaba explícitamente el uso de la fuerza militar. Sólo indicaba que, en caso de incumplimiento, "seguiría ocupándose del

153-165. Todos estos artículos en *Política Exterior*. Vol. 17, No. 93 (Mayo-Junio, 2003). La caída del gobierno Aznar fue considerado un vuelco saludable que debía abrir una nueva etapa potencialmente irreversible: Noya, Javier (2004). "Por una nueva 'marca España': Un esfuerzo que debe continuar". *Política Exterior*, 100, 15-18 y 21-24. Otros análisis muy centrados en el expresidente español: Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo (2005). "El «error Aznar», o las consecuencias de secundar el unilateralismo de los Estados Unidos". *Historia del Presente*. 5, 151-166; Martínez, Gloria (2009). "Aznar's war: Understanding Spain's decision to participate in the 2003 US-led invasion of Iraq". *Australian and New Zealand Journal of European Studies*. 2, 22-38. Todavía hoy se afirma con cierta ligereza que Aznar rompió los consensos en política exterior, dando a entender que lo que ocurriría a partir de 2004 significó un retorno a las directrices de la política exterior anteriores a 1996. Ver: Barreñada, Isaías y Sanahuja, José Antonio (2024). "La política exterior de España: Europeización y consenso en disputa", en R. Velázquez Flores, J.A. Schiavon, A.S. Ortega Ramírez y E. Baltar Rodríguez (eds). *Introducción al estudio de la política exterior comparada*. México. Mexicali-Universidad Autónoma de Baja California-AMEI-Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo.

² Como ejemplos: Paredes Castro, Esteban y Sanhuesa Bezanilla, Camilo. (2003). "La Unión Europea y la crisis de Irak". *Estudios Internacionales*. 142, 59-72. <https://doi.org/10.5354/0719-3769.2003.14568>; Powell, Charles. (2003). "La crisis de Irak y su impacto en el debate sobre el futuro de la Unión Europea". *Real Instituto Elcano*. <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-tesis-de-irak-y-su-impacto-en-el-debate-sobre-el-futuro-de-la-union-europea/>

asunto”, sin precisar si ello abría la posibilidad a una intervención militar (como apuntaban otras resoluciones anteriores) o no. Las inspecciones en territorio iraquí no lograron confirmar la existencia de las armas de destrucción masiva que alegaban Estados Unidos y el Reino Unido de manera fehaciente. En medio de esas circunstancias, dentro del Consejo de Seguridad —donde se encontraba España como miembro no permanente— estalló una grave crisis el 20 de enero de 2003. Francia, por boca de su ministro de Asuntos Exteriores, Dominique de Villepin, se descolgó tras la reunión del Consejo ante los periodistas afirmando que nada justificaba el planear una acción militar contra Irak. La declaración cayó como una bomba y, en febrero de 2003, Colin Powell, secretario de Estado estadounidense, presentó ante el Consejo de Seguridad un informe que supuestamente demostraba la existencia de estas armas. A pesar del convencimiento con el que desplegó su exposición, las pruebas suministradas por la inteligencia resultaron débiles y siguieron siendo cuestionados por países como Francia, Alemania, Rusia y China, que abogaban por agotar las inspecciones y mantener abierta la vía diplomática.

La falta de consenso se volvió insalvable en marzo de 2003. Estados Unidos y el Reino Unido, sin un nuevo respaldo del Consejo de Seguridad, optaron por liderar una invasión unilateral bajo el lema de la "coalición de la voluntad". Esto desató la guerra el 20 de marzo de 2003, mientras Francia y Alemania denunciaban aquella acción como una violación del derecho internacional y una amenaza al multilateralismo. Todo ello puso en evidencia las profundas divisiones entre los miembros permanentes del Consejo de Seguridad y debilitó la credibilidad de la ONU. Ambos extremos no eran novedosos, pero sí lo fue en mayor medida la profunda cesura entre los principales países europeos, lo que terminaría teniendo consecuencias en el interior de una UE embarcada por entonces en un proceso de ampliación y en la configuración de una amplia reforma institucional.

Siendo esos los hechos, en buena parte de la opinión pública se fraguó una imagen de agresividad de los gobiernos que apoyaban a los Estados Unidos, mientras que Francia y Alemania aparecían como paladines de la denominada “legalidad internacional”. La cuestión es: ¿esa percepción respondía con fidelidad a las realidades de aquel escenario internacional? Veámoslo a través de las tres perspectivas indicadas anteriormente.

1. LOS LEGADOS HISTÓRICOS

La influencia de los legados históricos debe ser tomada en consideración para entender la emergencia de las tensiones dentro de la UE durante este período. Esos legados, de algún modo, condicionan o influyen en las percepciones y están presentes, con mayor o menor intensidad, en la toma de decisiones. Los Estados miembros, en particular Francia, Alemania, el Reino Unido y España, implícitamente tuvieron que hacer frente a desafíos derivados de sus propias trayectorias históricas y de sus interacciones con sus pasados dentro del escenario global, lo que influyó parcialmente en sus enfoques, evaluaciones de situación y toma de decisiones. Estos legados no solo registraron un impacto en las políticas exteriores nacionales de cada país, sino que también intensificaron las divisiones latentes dentro de la UE y dificultaron su capacidad para proyectar una voz unificada, especialmente entre los países que defendían una autonomía europea (aunque sin reforzar su capacidad disuasoria) y aquellos otros que priorizaban las relaciones transatlánticas (considerando ineludible la hegemonía de los Estados Unidos).

Francia y Alemania, marcadas por un historial de guerras devastadoras y guiadas por su compromiso de fomentar un proyecto europeo en respuesta a esas experiencias, se establecieron como firmes defensoras del multilateralismo. En los primeros lustros de la V República, bajo el liderazgo de Charles de Gaulle, Francia promovió constantemente una política exterior independiente que resistiera la hegemonía de Estados Unidos, le permitiera tener una voz directiva dentro de Europa y se extendiera a sus áreas de influencia. Durante décadas, desde mediados de los años sesenta, se mantuvo al margen de la estructura militar de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), estableció relaciones propias, manifestó su poder de disuasión nuclear y todo ello sin olvidar gestos como el despliegue de relaciones particulares con una región canadiense como Québec. A comienzos del siglo XXI, su oposición frontal a la guerra de Irak se vinculaba con las inercias de ese legado, puesto que París sostenía implícitamente que la UE debía servir como contrapeso a las decisiones y acciones unilaterales de Washington.

Alemania, por su parte, siempre buscó evitar cualquier compromiso militar que pudiera evocar recuerdos de su pasado bélico, centrándose en cambio en la proyección de una imagen de pacifismo y mediación en la política global. No dejaba de ser llamativo el hecho de que la potencia económica más importante de Europa careciera del principal

poder disuasorio entre los países de la UE. Y es que la política de defensa nunca fue prioritaria en el proceso de construcción europea. Incluso a inicios de los años noventa, todos se mostraban de acuerdo en que la Alemania reunificada debía mantenerse dentro de unos límites determinados de poderío militar. Nadie quería evocar —siquiera aparentemente— episodios del pasado. Al fin y al cabo, ya existía la OTAN en su papel de encargada de preservar la seguridad comunitaria en ausencia de un auténtico ejército europeo propio. La inversión en las estructuras de los estados del bienestar eran lo primordial y la UE se encontraba perfectamente cómoda en su papel de *soft power*, sin percatarse del todo de los costes del amparo estadounidense³. Ambos países, las ya reconciliadas Francia y Alemania, seguían creyendo que eran el eje esencial de la construcción europea y que tenían el deber de guiar una política exterior europea aún careciendo de capacidad de disuasión. El rearme no encajaba en aquella ecuación de prosperidad pacífica europea.

En claro contraste, los lazos históricos con Estados Unidos constituyeron un aspecto fundamental, incluso un pilar, de la política exterior del Reino Unido. La relación especial del Reino Unido con Washington resultaba vital desde la Segunda Guerra Mundial y determinaría las décadas siguientes. Esa dependencia atlántica coadyuvó al proceso descolonizador y la liquidación de lo que iba quedando del Imperio británico, en medio de un mundo de bloques donde el Reino Unido estaba resignado a un segundo nivel tras las superpotencias. Cualquier intento de puesta en marcha de una política exterior autónoma estaría condenada al fracaso. Las duras lecciones de la crisis de Suez (1956) subrayaron la necesidad del alineamiento estratégico con Washington⁴. Entendieron perfectamente que los Estados Unidos no rechazaban el despliegue de una política exterior por parte de los países europeos; la clave residía en saber si esas políticas se alinearían o no con las directrices estadounidenses. Londres, consciente del balance entre los beneficios y las servidumbres de su “relación especial” con Washington, comprendió cuál debía ser su camino para mantener una determinada relevancia internacional que, además, le hacía ganar peso e influencia dentro de la UE. Ciertamente esa “relación especial” se percibía más nítida desde

³ Al respecto, resultó muy ilustrativo: Kagan, Robert. (2002). "Power and Weakness". *Policy Review*. 113. 3-28.

⁴ MacLeod, Alex (2012). “Just Defending National Interests? Understanding French Policy Towards Iraq Since the End of the Gulf War”. *The Historical Journal*. 55(4). 1073–1096. <https://doi.org/10.1017/S0018246X12000246>

Londres que en Washington, pues lo que era vital para los británicos resultaba un complemento internacional más para los estadounidenses. Y, desde luego, tanto laboristas como conservadores comprendieron cuál debía ser su posición final, incluso en asuntos espinosos que pudieran suscitar divergencias. Con ese legado, resultaba comprensible la adopción de una postura proestadounidense durante la crisis de Irak priorizando su compromiso con el atlantismo. Era la habitual política británica.

El legado español tenía unas características propias. España había estado aislada y arrastró una crisis secular durante buena parte de su siglo XX. Perdió sus últimas colonias ultramarinas y tardó veinte años en hacerse con el control de su zona del Protectorado en Marruecos. No participó en ninguna de las guerras mundiales y sus prioridades no iban mucho más allá de sus fronteras. Sólo a partir de los años sesenta y setenta se fue troquelando la idea de que modernización, democratización y europeización eran los tres integrantes de la meta hacia la que debería dirigirse el país. Pero en esos ánimos no se consideraron dos factores importantes: que las relaciones con los Estados Unidos seguían siendo muy importantes (y continuarían siéndolo a partir de 1976 en forma de Tratado bilateral) y que desplegar unas relaciones exteriores sólidas comportaban beneficios pero, también, costes. Esto lo entendió perfectamente el primer gobierno de Felipe González con su apoyo a la permanencia en la OTAN y su contribución bélica, junto con los Estados Unidos, en escenarios como los de Yugoslavia o la guerra del Golfo (primera guerra de Irak). Bajo el liderazgo de José María Aznar, el gobierno se aferró a la idea de que la crisis de Irak representaba una oportunidad para dar un paso más en el restablecimiento de España como un actor clave en la escena global. Esta decisión —que, en el fondo, tuvo más de continuidad que de ruptura con respecto a las líneas marcadas en los años noventa— marcó un decisivo alejamiento de la concepción de un país inevitablemente excluido de los asuntos europeos y mundiales más trascendentes. Atrás quedaban los tiempos del antiamericanismo conservador español que aún recordaba la guerra de 1898 con orgullo herido. Para el presidente Aznar, el pensamiento *neocon* abría la puerta a una actualización del tradicional pensamiento conservador orientándolo hacia la modernidad liberal. Además, la alineación con Estados Unidos ofrecía a España la oportunidad de colaboración internacional antiterrorista, la apertura de mercados, su presentación como un aliado “fiable” en coaliciones internacionales y ascender a una posición de mayor

influencia tanto dentro de la UE como en el seno de la OTAN⁵. A través de su apoyo explícito a la intervención liderada por Estados Unidos en Irak, España pretendía proyectar una política exterior más asertiva y moderna, trascendiendo su legado histórico de aislamiento o, como mucho, participación periférica. Por otra parte, el intento de invasión de la isla de Perejil por parte de Marruecos (julio de 2002) se resolvió por medios propios pero con el respaldo de los Estados Unidos. Dicha relación resultaba por tanto beneficiosa, aunque tuviese el coste de estar bajo la amenaza terrorista del islamismo radical (atentados de Casablanca, mayo de 2003).

Estos legados también desempeñaron un papel fundamental en la configuración de las percepciones sobre la ampliación de la UE hacia los países del Este. En apariencia, Francia y Alemania apoyaban la expansión como una iniciativa política que representaba una oportunidad para unificar Europa tras la Guerra Fría. Sin embargo, un análisis más detallado de sus actitudes hacia la ampliación sugiere que consideraban que la inclusión de Estados sintonizados con Estados Unidos, como Polonia y Hungría, podía comprometer la cohesión política de la UE y socavar el liderazgo franco-alemán. Así, por ejemplo, el ferviente respaldo de Polonia a la guerra de Irak liderada por Estados Unidos evidenció la dificultad de unificar a los Estados miembros con objetivos de política exterior divergentes, amplificando los temores de una UE fragmentada. Estas preocupaciones reflejaron inquietudes más profundas acerca de la preservación de la autonomía estratégica de Europa y la necesidad de evitar la disgregación de su marco multilateral.

En consecuencia, estos legados no fueron elementos aislados unos de otros sino que, por el contrario, interactuaron entre sí y convergieron en forma de tensiones latentes o conflictos expresos ante desafíos como la guerra de Irak, la ampliación hacia el Este y los intentos de reformar su marco institucional. Este breve análisis de las trayectorias históricas de los cuatro países analizados permite comprender con mayor perspectiva los orígenes de sus estrategias divergentes en materia de política exterior. No obstante, si bien estos legados sentaron las bases para las diferentes ópticas de Francia, Alemania, el Reino Unido y España, sus intereses estratégicos,

⁵ Chislett, William (2004). “España y Estados Unidos: Tan cerca y, sin embargo, tan lejos”. *Documento de Trabajo, Real Instituto Elcano*.

<https://www.realinstitutoelcano.org/documento-de-trabajo/espana-y-estados-unidos-tan-cerca-y-sin-embargo-tan-lejos/>

políticos y económicos inmediatos también influyeron decisivamente en sus enfoques como se puso de manifiesto a raíz de la segunda guerra de Irak.

2. LOS INTERESES EN JUEGO

Más allá de las inercias del pasado reciente, los intereses económicos, geopolíticos y estratégicos inmediatos ofrecen una comprensión más matizada de aquellas posturas divergentes ante temas como la guerra de Irak, la ampliación o el ensayo de un tratado constitucional. Los diversos intereses, moldeados por presiones como la seguridad energética, las relaciones comerciales y consideraciones políticas internas, profundizaron aún más las divisiones dentro de la UE.

La postura estratégica de Francia con respecto a la guerra de Irak se basó fundamentalmente en su deseo de proteger sus intereses geopolíticos y económicos en Oriente Medio, un mundo con el que mantenía relaciones históricas. La empresa energética francesa *Total* tenía contratos lucrativos en el sector petrolero iraquí, con participaciones significativas en los campos petrolíferos de Majnoon y Bin Umar, ambos sensiblemente posicionados para una expansión considerable⁶. Una intervención liderada por Estados Unidos en el país traía consigo el riesgo de marginar a las empresas francesas en la reconstrucción económica posterior a la guerra, especialmente porque Washington buscaría asegurar oportunidades para las firmas estadounidenses. Esta vulnerabilidad económica intensificó comprensiblemente la oposición de Francia a la guerra, enmarcándola públicamente como una postura moral o multilateral tras la cual se encontraba también la defensa de los intereses económicos nacionales.

Además, en el ámbito de la UE, las preocupaciones de Francia sobre la ampliación estaban entrelazadas con el temor de ver diluida su influencia y liderazgo dentro de una UE definitivamente más diversa. La integración de los países de Europa del Este implicaba la incorporación de economías comparativamente más débiles, lo que generaba inquietud sobre la carga desproporcionada que recaería sobre los estados más ricos como era el caso de Francia. El aumento marginal estimado del Producto

⁶ Lee, Jae-Seung (2006). "Explaining the 'Axis of Opposition': Franco-German Coalition during the Iraq War". *Korean Journal of International Studies*. 4(1). 73–96. <https://doi.org/10.14731/kjis.2006.12.46.5.73>

Interior Bruto (PIB) derivado de la ampliación se veía contrarrestado por los costos anticipados de tener que subsidiar infraestructuras, agricultura y programas sociales en los nuevos estados miembros. Estratégicamente, Francia también reconocía que muchos de estos países del Este estaban alineados con la política exterior de Estados Unidos, lo que creaba un bloque capaz de desafiar el liderazgo franco-alemán que tradicionalmente había marcado el rumbo de la UE. Sin duda, todo ello representaba un escenario desfavorable para una Francia que no estaba dispuesta a perder su lugar central en Europa.

En el caso de Alemania, es preciso tener en cuenta sus lazos económicos y estratégicos con Rusia para entender su postura respecto a la guerra de Irak y la ampliación de la UE. Para 2003, Alemania dependía significativamente del gas natural ruso, con más del 35% de su suministro proveniente de importaciones⁷. Iniciativas como el gasoducto *Nord Stream* estaban en fases avanzadas de discusión, lo que evidenciaba el enorme deseo germano por asegurarse relaciones energéticas estables con Moscú⁸. Ante el rechazo ruso a la guerra de Irak y sus recelos con respecto a la influencia occidental en el Este de Europa, Berlín consideraba la guerra de Irak como un factor de desestabilización para los mercados energéticos, especialmente porque las tensiones con Estados Unidos respecto a la expansión de las fronteras de la OTAN ya estaban tensando las relaciones con Rusia. Alemania no compartía las desconfianzas de muchos países del Este hacia Rusia y, desde luego, no estaba dispuesta a alimentar más las tensiones con Moscú. Mantener un enfoque diplomático de no intervención era vital para salvaguardar estas importantes relaciones bilaterales.

También la perspectiva de Alemania sobre la ampliación de la UE estuvo influida por factores económicos. Aunque Berlín respaldó la inclusión de los países de Europa Central y del Este con el objetivo de estabilizar la región, abrir mercados próximos y ampliar su influencia de la UE, impuso estrictas condiciones de adhesión para mitigar posibles disrupciones. Las inversiones germanas en los países excomunistas eran

⁷ Götz, Roland (2004). "Silence for Gas? Germany's Dependence on Russian Energy". *Stiftung Wissenschaft und Politik – German Institute for International and Security Affairs*. 27. https://www.files.ethz.ch/isn/119984/2004_Germany_Russia_Energy_E.pdf

⁸ Riley, Alan (2008). "The Geopolitics of EU Energy Security". *European Parliament Committee on Petitions*. https://www.europarl.europa.eu/meetdocs/2004_2009/documents/dv/peti20080129_economicanalysisriley_/PETI20080129_EconomicAnalysisRiley_en.pdf

muy beneficiosas, pero la libre circulación de personas podría producir desequilibrios importantes. Por consiguiente, Alemania abogó por limitaciones temporales a la migración laboral para evitar un influjo excesivo en su mercado de trabajo. Significativamente, el apoyo público a la ampliación disminuyó, con solo un 28 % de alemanes expresando su aprobación en 2004⁹. Esta incertidumbre reflejaba una preocupación más amplia sobre cómo conciliar la tradicional dedicación de Alemania a la unidad europea con las repercusiones económicas y sociales de una ampliación tan acelerada. La postura alemana podía resumirse con una frase: ampliación sí, pero con condiciones.

Sí bien el respaldo del Reino Unido a la guerra de Irak se asocia frecuentemente con su “relación especial” con Estados Unidos, es preciso subrayar que la decisión respondió a consideraciones estratégicas más amplias. El primer ministro Tony Blair buscó aprovechar la alianza con Washington para obtener un papel clave en la configuración del marco posterior a la guerra, especialmente en lo que respecta a la inevitable reconstrucción económica de Irak. Empresas británicas como *BP* y *Shell* tenían un interés considerable en acceder a las reservas petroleras sin explotar de Irak.¹⁰ Esto, a su vez, representaba una oportunidad estratégica para fortalecer la seguridad energética del Reino Unido y su posición en el mercado global.

A nivel interno, Blair tuvo que abordar el desafío de unificar las profundas divisiones que surgieron en el Reino Unido respecto a la guerra. La oposición al conflicto era el sentimiento predominante, tanto entre la población general como dentro de su propio Partido Laborista. Para justificar su apoyo a la intervención, Blair presentó la guerra como un deber moral, incluso una obligación, vinculada a la seguridad mundial y la prevención de armas de destrucción masiva. Esta narrativa buscaba coincidir con la reputación del Reino Unido como pacificador global tras la Guerra Fría. Además, Blair reconoció que la ampliación de la UE creaba un contexto propicio para influir en su futura orientación. Al respaldar la adhesión de países del Este proestadounidenses, el Reino Unido buscaba contrarrestar el peso del eje franco-alemán y fortalecer su visión atlantista

⁹ Eurobarometer (2004). “Standard Eurobarometer 61 – Spring 2004”, at <https://europa.eu/eurobarometer/surveys/detail/408> (fecha de consulta: 13/04/25)

¹⁰ Bahgat, Gawdat (2004). *Iraq and the International Oil Industry: From Nationalization to Globalization*. Baltimore. The Johns Hopkins University Press.

sobre la geopolítica europea. Para Blair había llegado el momento de configurar una nueva Europa.

Más allá de un intento por aumentar su peso específico internacional, la alineación de España con Estados Unidos reflejaba un esfuerzo calculado para redefinir y revitalizar su papel dentro de la UE y la OTAN. Bajo José María Aznar, España buscó utilizar su decidida participación en la “coalición de los dispuestos” para asegurar una mayor presencia en los debates sobre seguridad transatlántica y posicionarse como un socio sólido con el que se podía contar en coaliciones globales. Idealmente, esta vinculación le proporcionaría a España oportunidades para integrarse más en las discusiones de la UE e intensificar su liderazgo en materias clave, entre ellas la formulación de la estrategia de defensa y política exterior. Una proyección que, por otra parte, estaba relacionada con la emergente presencia de España en América Central y del Sur.

Desde el punto de vista económico, es plausible que España viera su participación en la guerra de Irak como una oportunidad para acceder a contratos de reconstrucción y fortalecer sus lazos con Estados Unidos en materia de comercio e inversión¹¹. Sin embargo, la guerra también se convirtió en un punto clave dentro de la estrategia antiterrorista española: la cooperación internacional contra ETA. De hecho, consiguió reducir la actividad etarra en 2003 a mínimos, hasta el punto de que los atentados cesaron en mayo de aquel año. En reciprocidad, la administración de Aznar argumentó que apoyar a Estados Unidos era esencial para combatir el terrorismo global, presentando la participación de España como un paso preventivo para salvaguardar sus intereses de seguridad tras los atentados del 11 de septiembre. Esta narrativa estaba sintonizada con las iniciativas de mayor envergadura de España para proyectarse como un actor global contemporáneo y asertivo, superando la historia de participación internacional limitada y casi irrelevante de otros tiempos.

En cuanto a la ampliación de la UE, España adoptó un enfoque pragmático. Si bien apoyó la expansión, enfatizó la necesidad de que los países candidatos contribuyeran de manera significativa a la cohesión y estabilidad de la UE. La experiencia histórica de España con su propio proceso de adhesión influyó en su perspectiva, ya que buscó garantizar que

¹¹ Al Jazeera (2003). “Spain Pledges \$300 Million for Iraq”, at <https://www.aljazeera.com/news/2003/10/19/spain-pledges-300-million-for-iraq> (fecha de consulta: 04/04/25)

los nuevos miembros cumplieran con los principios del acervo comunitario (*acquis communautaire*) y no agravaran las desigualdades regionales ya existentes. Esta postura cautelosa reflejaba preocupaciones más amplias entre los Estados miembros sobre la gestión de las implicaciones económicas y políticas de la ampliación, dado que la tendencia favorable de los nuevos miembros con respecto a la política estadounidense añadía complejidad dentro de la toma de decisiones dentro de la UE.

Así pues, la guerra de Irak y la ampliación de la UE alimentaron los intereses económicos, geopolíticos y estratégicos en conflicto de Francia, Alemania, el Reino Unido y España. Mientras que los legados históricos proporcionaron el contexto para sus posturas generales, sus prioridades inmediatas —desde la seguridad energética y las relaciones comerciales hasta las presiones políticas internas— fueron determinantes en sus enfoques divergentes durante este período crítico. Estos intereses en competencia no solo profundizaron las divisiones dentro de la UE, sino que también subrayaron los desafíos para equilibrar las prioridades nacionales con los objetivos colectivos europeos en una era de dinámicas globales cambiantes.

3. LAS ESTRATEGIAS Y LOS ARGUMENTOS

Como consecuencia de la guerra de Irak, las naciones europeas se encontraron en medio de una intensa batalla diplomática, en la que las justificaciones estratégicas eran tan importantes como las decisiones políticas, aunque las segundas se hicieran más públicas que las primeras. Francia, Alemania, el Reino Unido y España elaboraron razonamientos jurídicos distintos, participaron en maniobras diplomáticas y desplegaron argumentos y maniobras en los discursos públicos para defender cada una de sus posturas. La discusión en torno a la Resolución 1441 (2002) del Consejo de Seguridad de la ONU (CSNU) se convirtió en un tema central, con interpretaciones significativamente dispares debido a su ambigua redacción. Mientras que Estados Unidos, el Reino Unido y España argumentaban que el “incumplimiento material” de Irak en sus obligaciones de desarme justificaba la intervención en virtud de la Resolución 1441, Francia y Alemania sostenían que era necesaria una segunda resolución del CSNU para que cualquier acción militar fuese legal. Pocas veces la ONU había tenido un papel tan destacado y tampoco lo tendría después. Los ejemplos de la guerra de Yugoslavia o la actual de Ucrania son buenas muestras del papel secundario de la ONU frente al

protagonismo de la OTAN. Para los países del Este, que siempre sintieron de cerca el aliento de la amenaza rusa, la importancia de la ONU era menor cuando su seguridad dependía de situarse bajo la protección de la OTAN.

Dentro de la UE, el conflicto exacerbó las divisiones políticas, terminando por tener un reflejo posterior en las discusiones sobre las reformas institucionales y cómo gestionar la ampliación de la UE. A nivel nacional, cada gobierno moldeó cuidadosamente su postura para adaptarse a las circunstancias políticas externas e internas, recurriendo a interpretaciones jurídicas, haciendo llamamientos a la seguridad y apelando a un concepto tan complejo como el de “legalidad internacional”.

Francia adoptó un enfoque basado en la obstrucción legal en el Consejo de Seguridad, la construcción de coaliciones alternativas y una diplomacia pública dotada de un relato pacifista y multilateral (también dirigido con complicidad a Rusia y a China que compartían sus puntos de vista en el CSNU). Su objetivo de fondo era oponerse a las acciones unilaterales de Estados Unidos y preservar un liderazgo en la política exterior europea. El presidente Jacques Chirac y el ministro de Asuntos Exteriores, Dominique de Villepin, asumieron una postura de alto perfil en la ONU, amenazando con ejercer el poder de veto de Francia para bloquear una segunda resolución que autorizara explícitamente el uso de la fuerza. No era ya asunto de discusión la elaboración de una hipotética segunda resolución; la maniobra clave es que no la habría de ningún modo para cerrar las puertas a una intervención militar amparada por la ONU. Esta iniciativa diplomática alcanzó su punto álgido con el aclamado discurso de Villepin ante la ONU el 14 de febrero de 2003, en el que desestimó la intervención militar como “la peor de las soluciones”, argumentando que las inspecciones aún no se habían agotado por completo. Es de sobra conocido que Francia trabajó entre bastidores con Alemania, Rusia y China para formar un bloque unido contra la guerra dentro del CSNU.

En cuanto a su relato, Francia quiso presentar el conflicto como una violación flagrante del derecho internacional, posicionándose como guardián y defensor del multilateralismo frente al intervencionismo estadounidense. Las autoridades francesas pusieron en duda la fiabilidad de los informes de inteligencia de Estados Unidos sobre las armas de destrucción masiva (ADM) de Irak, advirtiendo que una guerra injustificada sentaría un precedente peligroso. A nivel de la UE, Chirac instó a los Estados miembros a resistirse a una intervención liderada por Estados Unidos. Sin embargo, su polémica reprimenda a los países de Europa del Este proestadounidenses diciéndoles que habían “perdido la

oportunidad de quedarse callados”, tuvo consecuencias negativas relevantes. En lugar de fortalecer la solidaridad europea contra el conflicto, sus declaraciones evidenciaron fracturas respecto a la ampliación, con Polonia, Hungría y la República Checa reafirmando su compromiso atlántico. Así, al posicionarse como el principal opositor a la intervención, Francia redujo su capacidad de influencia debido a sus tensas relaciones tanto con Washington como con la Europa del Este.

Alemania adoptó un enfoque legalista y diplomático, tratando de evitar la intervención pero sin agravar en exceso las tensiones con Estados Unidos. El canciller Gerhard Schröder y el ministro de Asuntos Exteriores, Joschka Fischer, coincidieron con Francia en que la Resolución 1441 no autorizaba la guerra, argumentando que cualquier acción militar sin una segunda resolución violaría el derecho internacional. Sin poder de veto en el CSNU, Alemania recurrió a obstáculos procesales y tácticas dilatorias. Respaldó la exigencia de Francia de prolongar las inspecciones de la ONU, pero presentándose como un defensor del debido procedimiento en lugar de un opositor directo a Estados Unidos. Las diferencias de matiz entre Francia y Alemania fueron importantes y reflejaban las herencias de sus propios pasados recientes.

Además, la retórica alemana destacó la importancia de resolver los conflictos mediante la diplomacia, retratando la intervención militar como un factor desestabilizador más que como una respuesta justificada al incumplimiento de Irak. Schröder quiso refrescar la identidad pacifista de la Alemania de posguerra, posicionando a Berlín como un contrapeso moral al intervencionismo estadounidense. Pero sin traspasar ciertas líneas rojas: Alemania evitó el conflicto directo con Washington, reconociendo la importancia de mantener sólidas relaciones económicas y de seguridad. Así, a pesar de oponerse a la intervención, cumplió con sus obligaciones en la OTAN, asegurándose de que su postura antibélica no comprometiera los marcos de la defensa transatlántica.

La estrategia más discreta de Alemania también respondía a su dependencia energética. Con su creciente necesidad de fuentes externas de gas, Berlín quería evitar una inestabilidad en el mercado petrolero provocada por una guerra iniciada por Estados Unidos. Esta preocupación energética se vinculó a su postura sobre la ampliación de la UE, ya que el apoyo público a la expansión disminuyó, en parte por el temor a asumir mayores responsabilidades económicas. Así, la estrategia alemana fue de menor dureza que la de Francia, priorizando la legitimidad legal, la

estabilidad económica y la unidad diplomática sobre la oposición abierta a la política estadounidense.

Por el contrario, el Reino Unido adoptó un enfoque doble basado en la justificación legal y la negociación diplomática, con el objetivo de legitimar la intervención en virtud del derecho internacional sin perder influencia en Europa. Por supuesto, el primer ministro Tony Blair desempeñó un papel clave en la formulación del argumento legal de que el “incumplimiento material” de la Resolución 1441 por parte de Irak justificaba la intervención militar sin necesidad de una segunda resolución. Pero al constatar la resistencia de Francia y Alemania en el CSNU Blair trató de mediar, aunque finalmente se alineara completamente con Washington, socavando su credibilidad en la diplomacia europea desde la perspectiva de franceses y alemanes.

Para reforzar su argumento legal, la administración de Blair publicó un polémico informe de inteligencia que afirmaba erróneamente que Irak podría lanzar las ADM en solo 45 minutos.¹² Esta afirmación, posteriormente desacreditada, resultó clave para obtener el consentimiento parlamentario para la intervención. Blair estructuró su retórica en torno a la idea de que la guerra era un “deber moral”, retratando a Saddam Hussein como un tirano cuya destitución era esencial para la seguridad internacional. Cuando las pruebas sobre las ADM comenzaron a desmoronarse, Blair reorientó su discurso hacia la intervención humanitaria, enfatizando la liberación del pueblo iraquí.

Por supuesto, Blair también intentó utilizar la ampliación de la UE para alterar la dinámica de poder en Europa, apoyando la adhesión de los países proestadounidenses del Este para debilitar la omnipresente influencia franco-alemana. Sin embargo, la profunda implicación británica en el conflicto lo alejó del consenso europeo dominado todavía por Francia y Alemania y erosionó su credibilidad doméstica cuando las justificaciones para la guerra se mostraron infundadas.

España, bajo el liderazgo de José María Aznar, adoptó una postura abiertamente en favor de la guerra, utilizando su puesto temporal en el CSNU (2003-2004) para respaldar la posición de Estados Unidos acerca de que la Resolución 1441 ofrecía justificación legal suficiente para la

¹² Boyd-Anderson, Kerry (2003). “Blair Testifies as British Intelligence Crisis Continues”, at <https://www.armscontrol.org/act/2003-09/blair-testifies-british-intelligence-crisis-continues> (fecha de consulta: 04/04/25)

intervención. Aznar participó en la Cumbre de las Azores, colaborando con Blair y Bush a fin de proyectar una postura unificada a favor de la acción militar. A diferencia del Reino Unido, que intentó mediar en los conflictos dentro de la UE, España instó activamente a los países más pequeños de la UE a alinearse con Washington, obstaculizando así la formación de un bloque antibélico liderado por Francia y Alemania. No le faltaron apoyos. Hasta los gobiernos de Portugal e Italia miraban con recelo la postura franco-alemana.

A nivel interno, Aznar presentó la guerra como una medida necesaria contra el terrorismo, vinculando Irak con las amenazas de seguridad surgidas tras el 11 de septiembre. Su gobierno equiparó el terrorismo de ETA con el yihadismo global, argumentando que la participación de España en la guerra era una acción preventiva y proactiva para proteger sus intereses de seguridad. Sin embargo, los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid —perpetrados por militantes vinculados a Al Qaeda— destruyeron esa narrativa¹³. Con suma facilidad y teniendo en cuenta el rechazo a los riesgos derivados de una intervención exterior, la opinión pública española pasó de considerar la guerra como una prevención contra el terrorismo a verla como un factor que provocaba castigos y represalias terroristas. El Partido Popular de Aznar sufrió una contundente derrota electoral, marcando una de las primeras consecuencias políticas de la guerra de Irak en Europa. Una consecuencia singular porque lo ocurrido en España no ocurrió en ningún otro país de los analizados en este trabajo.

Así terminó un capítulo crítico de la historia de la UE. Las consecuencias se harían sentir en los próximos lustros, pero el balance inmediato de aquel episodio quedó condensado en dos reuniones. La primera tuvo lugar en Madrid en septiembre de 2004. El nuevo presidente español (José Luis Rodríguez Zapatero) convocó al presidente francés y al canciller alemán para ofrecer una nueva imagen radicalmente distinta a la del expresidente Aznar cuando se fotografió junto al presidente estadounidense y al primer ministro británico en las islas Azores¹⁴. Al año siguiente, en marzo de 2005, Chirac, Schröder y Rodríguez Zapatero celebraron una cumbre en París con el presidente ruso: Vladímir Putin. Allí

¹³ Powell, Charles (2004). “Did Terrorism Sway Spain’s Election?”. *Current History*. 103 (672). 203–208. <https://charlespowell.eu/wp-content/uploads/2016/02/2004-Did-terrorism-sway-Spain-s-election.pdf>.

¹⁴ Sánchez, Inmaculada (2004). “El trio de Madrid”. *El Siglo de Europa*. 615. <https://elsiglodeuropa.es/hemeroteca/temapor2004/615portada.htm>

acordaron que el “corazón de Europa” (es decir, Francia y Alemania más la reconvertida España) respaldaría la política rusa para sorpresa de los países del Este de Europa recién incorporados a la UE. El presidente español puso el acento en la seguridad internacional que, según él, pasaba por estrechar las relaciones entre la UE y Rusia. Los mandatarios francés y alemán, obviamente, hablaron de energía con Putin¹⁵.

CONCLUSIONES

Expuesto lo anterior, se desprenden las siguientes conclusiones:

1. La crisis experimentada por la UE durante el bienio 2003-2005 tuvo tres facetas interconectadas: las divisiones en torno a la guerra de Irak, el crecimiento de las tensiones con los nuevos miembros del Este de Europa y la resistencia del eje franco-alemán a perder su liderazgo en la UE. Estas cuestiones fueron objeto de debate a través de argumentos en torno a la legalidad y legitimidad internacionales dentro un protagonismo inusual de la ONU. Sin embargo, los legados históricos y los intereses en juego también desempeñaron un papel fundamental en los cuatro países analizados (Reino Unido, España, Alemania y Francia).
2. La crisis provocó unas tensiones entre los Estados Unidos y la UE que no desaparecerían del todo en los siguientes años, especialmente con algunos países europeos. A corto y medio plazo, la UE mantendría (bajo la influencia de Francia y Alemania) una postura de aproximación y entendimiento ante Rusia y China.
3. Tras años de éxitos, la crisis de 2003-2005 provocó divisiones en el interior de la UE y facilitó el fracaso del tratado constitucional. Las tensiones y la falta de entendimiento han sido frecuentes con respecto a ciertos países del Este de Europa, en temas como la

¹⁵ 2005. “Zapatero, Chirac y Schröder respaldan la política de Putin en un encuentro celebrado París.” *El País*.

https://elpais.com/internacional/2005/03/18/actualidad/1111100406_850215.html

inmigración y en un aumento del desafecto con respecto a la UE, manifestado en el Brexit.

4. El fracaso de la reforma institucional precipitó un estancamiento del proceso de construcción europea para el que ni siquiera el Tratado de Lisboa -en vigencia desde 2009- ha servido como instrumento eficaz para superar definitivamente dicha situación.

BIBLIOGRAFÍA

- Akbar Jokar, Ali (2020). “Russia-Iraq Relations: from Economic Interests to Geopolitical Objectives”. *Institute for Political and International Studies*. <https://www.ipis.ir/en/newsview/609262/russia-iraq-relations-from-economic-interests-to-geopolitical-objectives>
- Al Jazeera (2003). “Spain Pledges \$300 Million for Iraq”, at <https://www.aljazeera.com/news/2003/10/19/spain-pledges-300-million-for-iraq> (fecha de consulta: 04/04/25)
- Bahgat, Gawdat (2004). *Iraq and the International Oil Industry: From Nationalization to Globalization*. Baltimore. The Johns Hopkins University Press.
- Barreñada, Isaías y Sanahuja, José Antonio (2024). “La política exterior de España: Europeización y consenso en disputa”, en R. Velázquez Flores, J.A. Schiavon, A.S. Ortega Ramírez y E. Baltar Rodríguez (eds). *Introducción al estudio de la política exterior comparada*. México. Mexicali-Universidad Autónoma de Baja California-AMEI-Universidad Autónoma del Estado de Quintana Roo.
- Boyd-Anderson, Kerry (2003). “Blair Testifies as British Intelligence Crisis Continues”, at <https://www.armscontrol.org/act/2003-09/blair-testifies-british-intelligence-crisis-continues> (fecha de consulta: 04/04/25)
- Bozo, Frédéric (2016). *A history of the Iraq Crisis: France, the United States, and Iraq, 1991-2003*. Woodrow Wilson Center Press with Columbia University Press.
- Bozo, Frédéric (2017). “‘We Don’t Need You’: France, the United States, and Iraq, 1991–2003”. *Diplomatic History*. 41(1). 183–208. <https://doi.org/10.1093/dh/dhw011>
- Chislett, William (2004). “España y Estados Unidos: Tan cerca y, sin embargo, tan lejos”. *Documento de Trabajo, Real Instituto Elcano*.

<https://www.realinstitutoelcano.org/documento-de-trabajo/espana-y-estados-unidos-tan-cerca-y-sin-embargo-tan-lejos/>

Dagher, Munqith (2021). “The Secret Behind the French Interest in Iraq: A Geostrategic Analysis”. *Center for Strategic & International Studies*. <https://www.csis.org/analysis/secret-behind-french-interest-iraq-geostrategic-analysis>

Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo (2005). “El «error Aznar», o las consecuencias de secundar el unilateralismo de los Estados Unidos”. *Historia del Presente*. 5. 151-166.

Eurobarometer (2004). “Standard Eurobarometer 61 – Spring 2004”, at <https://europa.eu/eurobarometer/surveys/detail/408>

El País. “Zapatero, Chirac y Schröder respaldan la política de Putin en un encuentro celebrado París”.

http://elpais.com/internacional/2005/03/18/actualidad/1111100406_850215.html

Fenton, Anne (2004). *France, Italy and the 2002/2003 Iraq crisis*. Monterey, California. Naval Postgraduate School.

Forsberg, Tuomas (2005). “Russia's relationship with NATO: A qualitative change or old wine in new bottles?”. *Journal of Communist Studies and Transition Politics*. 21(3). 332-353.

Götz, Roland (2004). “Silence for Gas? Germany's Dependence on Russian Energy”. *Stiftung Wissenschaft und Politik – German Institute for International and Security Affairs*. 27. https://www.files.ethz.ch/isn/119984/2004_Germany_Russia_Energy_E.pdf

Heywood, Paul (2003). “Desperately seeking influence: Spain and the war in Iraq”. *European Political Science*. 3. 35-40.

Kagan, Robert (2002). “Power and Weakness”. *Policy Review*. 113. 3-28.

- Kolko, Gabriel (2003). "Iraq, the United States, and the end of the European coalition". *Journal of Contemporary Asia*. 33. 291-298.
- Kundnani, Hans (2015). *The paradox of German power*. London. C Hurst & Co Publishers Limited.
- Lammers, Konrad (2004). "How will the enlargement affect the old members of the European Union?" *InterEconomics*. 39(3). 132-141.
- Lee, Jae-Seung (2006). "Explaining the 'Axis of Opposition': Franco-German Coalition during the Iraq War". *Korean Journal of International Studies*. 4(1). 73-96.
<https://doi.org/10.14731/kjis.2006.12.46.5.73>
- MacLeod, Alex (2012). "Just Defending National Interests? Understanding French Policy Towards Iraq Since the End of the Gulf War". *The Historical Journal*. 55(4). 1073-1097.
<https://doi.org/10.1017/S0018246X12000246>
- Magone, José, Laffan, Brigid, and Schweiger, Christian (2016). *Core-periphery relations in the European Union: Power and conflict in a dualist political economy*. London. Routledge.
- Marcetic, Branko (2023). "For Putin, Iraq War marked a turning point in US-Russia relations". *Responsible Statecraft*.
<https://responsiblestatecraft.org/2023/03/23/for-putin-iraq-war-marked-a-turning-point-in-us-russia-relations/>
- Marín González, Manuel (2003). "España y la crisis de Irak". *Política Exterior*. 93. 105-117.
- Martínez, Gloria (2009). "Aznar's war: Understanding Spain's decision to participate in the 2003 US-led invasion of Iraq". *Australian and New Zealand Journal of European Studies*. 2. 22-38.
- Mowle, Thomas (2004). *Allies at odds?: the United States and the European Union*. New York. Palgrave Macmillan.

- Noya, Javier (2004). “Por una nueva 'marca España': Un esfuerzo que debe continuar”. *Política Exterior*. 100. 15-18 y 21-24.
- Palacio, Vicente y Rodrigo, Fernando (2003). “¿Tiene España una política exterior?”. *Política Exterior*. 93. 153-165.
- Pardo de Santallana, José (2003). “Una guerra para cambiar el mundo: ¿Ganará EE UU la paz?”. *Política Exterior*. 93. 7-16.
- Paredes Castro, Esteban y Sanhuesa Bezanilla, Camilo (2003). “La Unión Europea y la crisis de Irak”. *Estudios Internacionales*. 142. 59–72. <https://doi.org/10.5354/0719-3769.2003.14568>
- Pieper, Oliver (2022). “Putin and Schröder: A controversial friendship”. *Duetsche Welle*. <https://www.dw.com/en/putin-and-schr%C3%B6der-a-special-german-russian-friendship/a-55219973>
- Powell, Charles (2003). “La crisis de Irak y su impacto en el debate sobre el futuro de la Unión Europea”. *Real Instituto Elcano*. <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-crisis-de-irak-y-su-impacto-en-el-debate-sobre-el-futuro-de-la-union-europea/>
- Powell, Charles (2004). “Did Terrorism Sway Spain’s Election?”. *Current History*. 103(672). 203–208. <https://charlespowell.eu/wp-content/uploads/2016/02/2004-Did-terrorism-sway-Spain—s-election.pdf>.
- Riley, Alan (2008). “The Geopolitics of EU Energy Security”. *European Parliament Committee on Petitions*. https://www.europarl.europa.eu/meetdocs/2004_2009/documents/dv/peti20080129_economicanalysisriley_/PETI20080129_EconomicAnalysisRiley_en.pdf
- Sánchez, Inmaculada (2004). “El trio de Madrid”. *El Siglo de Europa*. 615. <https://elsiglodEuropa.es/hemeroteca/temapor2004/615portada.htm>
- Serfaty, Simon (2008). *Architects of delusion: Europe, America, and the Iraq War*. Philadelphia. University of Pennsylvania Press.

- Schmidt, Siegmund (2005). *Germany-the reluctant ally: German domestic politics, the US and the war against Saddam Hussein*. Matthew B. Ridgway Center for International Studies.
- Schneider, Christina (2009). *Conflict, negotiation and European Union enlargement*. Cambridge. Cambridge University Press.
- Seydak, Pawel (1999). "The role of Germany in an enlarging and an enlarged Europe". *Security Political Dialogue*. 2(1). <https://www.bmlv.gv.at/wissen-forschung/publikationen/beitrag.php?id=340>
- Strong, James (2017). *Public opinion, legitimacy and Tony Blair's war in Iraq*. New York. Routledge.
- Styan, David (2006). *France & Iraq: oil, arms and French policy making in the Middle East*. London. Tauris.